

CEMENTERIOS de la HABANA

La Biblia.— Nuestros Siboneyes.— El Primer Cementerio.— Caracteres Religiosos.— Una disposición de Carlomagno.— En La Habana.— Cementerios en los Ingenios.— Nuestra Primera Necropolis.— Los Nichos.— La Terminación.— Inauguración Solemne.— Muertos de Segunda Mano.— El Cementerio de Colón.— El Dinero de los Nichos.— Jacinto Martínez.— Los Terrenos.— Inauguración Improvisada.— La Primera Piedra.— Datos Curiosos.— Otros Cementerios.— En la Ciénaga.— Atarés.— Jesús del Monte.

por JOSE ISERN

la tumba descollaba el terebinto, aquél a cuya sombra anunciaron los ángeles a Abraham el nacimiento de Isaac. Los interesantes párrafos bíblicos a que nos referimos muestran también que, en aquella lejana fecha, era costumbre sembrar en los cementerios cipreses, pinos y otras plantas cuyas emanaciones balsámicas se consideraban beneficiosas. Algunos pueblos sembraban también girasoles porque les suponían la virtud de absorber los miasmas de los lugares infectos.

Caracteres Religiosos.

Una cosa parece innegable; desde un principio el hombre, incapaz de comprender lo que para él era el misterio de la muerte, relacionó este fenómeno con la voluntad de los dioses y dió a los cementerios carácter religioso, aunque no logró, sin embargo, evitar que la división en castas alcanzara por igual a los vivos y a los que habían cruzado ya la línea tras la cual carecen de importancia las vanidades humanas.

Así vemos cómo Carlomagno dispuso que las sepulturas subterráneas se reservaran exclusivamente para los reyes. Entre tanto, la Iglesia Católica, empeñada en sus al-

bores en obtener un puritanismo estoico, establecía los cementerios junto a las iglesias a fin de que los transeúntes recordaran, al pasar, que estaban condenados a morir.

San Calixto, en el Siglo III, autorizó los cementerios, fabricando el que llevó su nombre en la Via Apia, en Roma. Constantino los hizo adornar y el papa Julio I estableció tres en las cercanías de la Ciudad Santa. Los cristianos, a causa de las persecuciones desatadas contra ellos, usaron al principio las catacumbas en las que todavía se encuentran enterrados miles de cadáveres.

En La Habana.

En la naciente capital cubana, siguiendo las costumbres españolas de la época de la conquista y colonización, se enterraba a los cristianos en las iglesias que estaban divididas, a ese efecto, en diez tramos, a partir del altar mayor y que, naturalmente, correspondían por orden de situación a la jerarquía y situación económica de los difuntos.

Una sepultura junto a las gradas del altar mayor costaba de 110 a 137 pesos; en el décimo tramo únicamente ocho pesos y dos reales.



D. Juan José Díaz Espada y Landa, obispo de La Habana, a quien se debió la construcción del primer cementerio digno de este nombre en la capital de la Isla. Casi la mitad de los 46,000 pesos que costó la obra fué aportada por este prelado eminentísimo que, si no hubiera hecho más que eso, bastaba con ello para ocupar el lugar que le ha reservado la historia.

DESDE un muy primitivo estado de civilización, el hombre acostumbraba a enterrar a sus muertos. Es posible que durante el período nómada lo hiciera con objeto de no dejar los cadáveres expuestos a la voracidad de las fieras, a esto debió unirse, más tarde, cuando fijó su residencia permanentemente, el deseo de evitar el repugnante espectáculo de la descomposición.

Nuestros siboneyes, prácticamente en la edad de piedra, inhumaban los suyos, de acuerdo con ciertas reglas elementales no bien determinadas, en montículos que nuestros hombres de ciencia están estudiando con verdadero interés desde hace algunos años.

En resumen, puede asegurarse que cuando el hombre entra en la Historia ha adquirido ya esa costumbre, con excepción de algunos pueblos que prefieren quemar sus cadáveres y de los parsis, que los exponen en altas torres para que sean devorados por los buitres.

La Biblia, en sus primeros capítulos, nos ofrece la descripción de un entierro, a continuación del que muchos consideran el primer acto de violencia del hombre sobre la faz de la tierra: "Horrorizado Cain —dice—, del crimen que había cometido, corrió a ocultarlo en las entrañas de la tierra sepultando el cadáver de su hermano Abel".

El Primer Cementerio.

También el texto hebreo narra cómo, Abraham, el padre de los fieles, instituyó el primer cementerio. Muerta su esposa Sarah en Arbec

o Hebrón, en Palestina, el patriarca, luego que abrazó el cadáver y lloró, lo hizo embalsamar y, terminados los ritos del funeral, pidió sepultura a los hijos de Heth para enterrarla.

Le ofrecieron éstos las mejores que tenían, pero no en venta, porque estimaban impiedad vender las tumbas, lo que da idea de la existencia de un cementerio más o menos organizado. Abraham no quería enterrar a su esposa en tierra de idólatras y compró un terreno con cueva doble en 400 siclos.

Entre los árboles que rodeaban



Cementerio Espada y Anfiteatro anatómico, tales como se encontraban en 1871.

Los niños encontraban albergue final por seis u ocho pesos, según la proximidad al altar, y los negros y mulatos libres, que eran enterrados cerca de la puerta o detrás del coro, sólo pagaban dos pesos. Por la sepultura de un esclavo, siempre detrás del coro, los amos no tenían que pagar más que ocho reales.

Los que carecían de dinero iban a parar a los uveros del litoral de San Lázaro, sitio en donde, en tiempo de la toma de La Habana por los ingleses, se daba sepultura a los extranjeros que morían así como, durante las epidemias, se habilitaban terrenos para cementerios en las estancias cercanas a la ciudad. (Cementerio de Espada y de Colón, Biblioteca Nacional).

Pero esto no era todo lo que costaba encontrar abrigo en el sagrado recinto de nuestras iglesias. Abrir las sepulturas para adultos costaba doce reales y seis las de los niños. Los ataúdes se vendían a cuatro reales sin vestir. Los sacerdotes eran enterrados en las sacristías por cuenta "de la casa", desde luego.

Cuando el número de esclavos

no había iglesias. Todos los años, los restos de los que descansaban allí eran o debían ser, trasladados a La Habana para recibir sepultura eclesiástica.

Nuestro Primer Cementerio.

En este aspecto, como en muchos otros, Cuba se adelantó a la Metrópoli. En 1779, Carlos IV, confió al Supremo la tarea de hacer cumplir la Real Cédula, dictada por su padre, prohibiendo los entierros en las iglesias y ordenando la construcción de cementerios; pero, en abril de 1804, cuando se comunicó a la Capitanía General de Cuba, ya estaban adelantados los cimientos para la construcción del Cementerio Espada.

En un principio se pensó construirlo en el Arsenal, pero los ingenieros militares se opusieron resueltamente a ello, decidiéndose entonces su construcción, según un historiador del pasado siglo, "a una milla al Oeste, en las inmediaciones de la costa de San Lázaro".

Se utilizó para ello el terreno cedido por el protomédico regente, consultor del Santo Oficio, doctor



Casa de la finca San Antonio Chiquito, que pasó a formar parte del Cementerio de Colón, en cuyas tierras fueron enterrados 743 cadáveres en el año de 1863, antes de su inauguración. También encontraron albergue allí, posteriormente, los ocho estudiantes de medicina fusilados el 27 de noviembre de 1871.

aumentó y las dotaciones de los ingenios contaron con centenares de "piezas", entre los cuales hubo siempre una alta mortalidad, los hacendados de la época enterraban a los que fallecían en cualquier lugar del monte. Posiblemente para legalizar esta situación, el obispo Trespalacios autorizó el establecimiento de cementerios en los ingenios y lugares apartados donde

Teneza, para fabricar un hospital de lazarios. Espada, ayudado por Someruelos, compró al Hospital de San Lázaro una parcela de los terrenos que poseía al fondo del establecimiento, al Oeste, dando frente a lo que es hoy la Calzada de San Lázaro (no trazada entonces), y que formó luego el primer patio del cementerio.

Las obras comenzaron en 1804,



Patio del Cementerio Espada, donde son visibles los nichos que ideara construir la industriosa señora del capitán general O'Donnell y que produjeron, acaparados posteriormente por el obispo, el dinero necesario para la construcción de nuestra actual necrópolis de Colón.

dirigidas por el arquitecto Allet, con fondos del Cabildo Eclesiástico, contribuyendo a ellas Someruelos, la Real Sociedad Patriótica y el Ayuntamiento.

Veintidós mil pesos extrajo el prelado de su caja particular y materiales y personal del presidio le facilitó Someruelos; con ellos se construyeron los muros de circunvalación, el patio y la capilla. Más tarde se amplió, tomando a censo terrenos del Hospital hasta hacer cuatro patios más.

Los Nichos.

Los nichos, que fueron la principal característica de esta necrópolis, se comenzaron en abril de 1845. Escaseando terrenos en esa fecha —dice un historiador— se construyeron nichos, partiendo la idea de una señora muy **industriosa** (es el historiador quien subraya) que, en varios giros dejó rastro de su paso por La Habana. La referida dama fué Doña Manuela, esposa del general D. Leopoldo O'Donnell, capitán general a la sazón. Se cedió a un testafarro de doña Manuela el derecho exclusivo para construirlos durante veinte años. Muerto el delegado, pasó el monopolio al señor Guillot, personaje muy conocido en la época.

Ignoramos en qué forma y condiciones había pactado su negocio la sociedad constructora de nichos pero sí podemos asegurar que un nicho hecho con pedazos de ladri-

llos, muchas veces residuos del desbarate de fábricas viejas, cuyo costo no alcanzaba a quince o diecisiete pesos, se vendía en cien pesos con un usufructo de veinte años.

Este negocio prosperó hasta la llegada a La Habana de Félix Solano, que consiguió que pasara la administración completa al Obispado. La industria cambió de amo y la empresa social "Señora de O'Donnell y Compañía" pasó a ser "Obispado de La Habana y Compañía".

La Terminación.

Para sepulturas reservó Espada, inicialmente, un espacio de 150 varas de largo por cien de ancho y se construyó un osario en cada ángulo. Dos calles dividían el campo en cuatro partes.

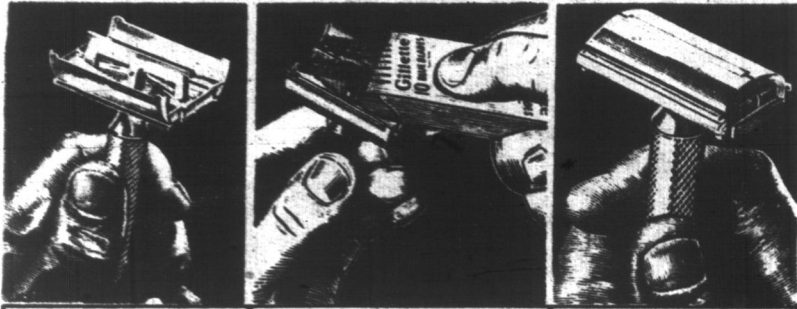
El obispo Espada y el pintor Vermay sembraron personalmente dos grandes almendros a la entrada y, aunque no dudamos de la certeza del hecho, nos parece oportuno hacer constar nuestra creencia de que, a tan dura labor, deben haber contribuido algunos esclavos ignorados por el historiador.

Sin embargo, justo es dejar constancia también de que, aunque no existieran todas las muchas y buenas obras realizadas por el obispo Espada, hubiera bastado ésta para ganarle un puesto de honor en la historia de Cuba. De los 46,878 pesos y un real a que se elevó finalmente

(Continúa en a Pág. 96)

¡Un Solo Toque...

y ya está lista la máquina GILLETTE de una sola pieza!



Vuelta... ¡y se abre!

¡Zás! ¡Se carga!

Vuelta... ¡y se cierra!

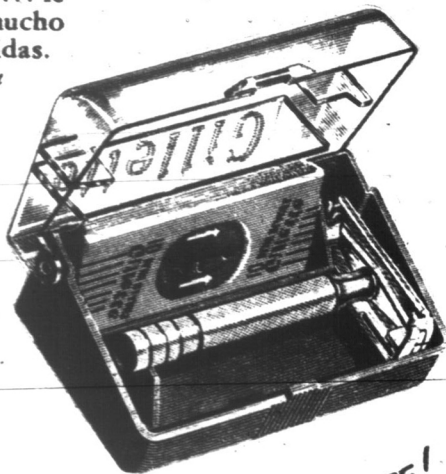
¡Qué celeridad! ¡Qué seguridad!
¡Qué afeitabilidad!

SOLO \$1.45

con su elegante estuche de plástico y un cómodo expedidor de 10 hojas GILLETTE-AZUL.

¡Esta nueva máquina de afeitar Gillette es la última palabra en comodidad!... le proporciona afeitadas mucho más suaves, fáciles y rápidas. Como está hecha de una sola pieza no hay que armarla o desarmarla. Y con su modernísimo expedidor se cambian las hojas al instante.

¡Vea hoy mismo este portento de la afeitada... la **GILLETTE** de una sola pieza!



G-3-51-373

NO SE IRRITE, AMIGO, USE GILLETTE!

tonces puse el dedo en el gatillo y apreté... ¡Salvenme, por piedad! ¡No permitan que me haga daño!... ¡Ha vuelto para vengarse!

—¡Luz! —reclamó imperiosamente la voz de Poirot.

Y en el mismo momento, como por encanto, todas las luces se encendieron a la vez.

—Bueno —continuó—. ¿Usted oyó Hastings? ¿Y usted también, Everett?... ¡Ah! A propósito, les presenté al señor Everett, actor bastante famoso. Vino porque le avisé por teléfono. Ha representado bien su papel. ¿No es verdad que se parece asombrosamente al muerto? Con una linterna eléctrica y la fosforescencia necesaria, produjo la impresión necesaria. Amigo Hastings, no toque la mano de la señora Maltravers. La pintura roja no se cae fácilmente. Cuando se apagaron las luces, yo apreté su mano con la mía. Pero ya tenemos qué irnos, no debemos perder nuestro tren. El inspector Japp está afuera, cerca de la ventana, y no estará muy divertido con el tiempo que hace. Sin embargo, encontré al menos la manera de distraerse de vez en cuando... dando unos golpecitos en el cristal de la ventana.

—¿Comprende usted? —prosiguió Poirot mientras nos alejábamos rápidamente a través del viento y la lluvia. Existía algo que no concordaba muy bien. Escuche... Había que considerar dos posibilidades. ¿El cuento del capitán Black le sugirió al señor Maltravers un ingenioso método de suicidarse, o bien la esposa de este último, habiendo escuchado también el relato, vió en ello un método no menos ingenioso de cometer un asesinato? Yo me incliné hacia la segunda hipótesis, pues para suicidarse, Maltravers debía verse obligado a apretar el gatillo con el pie, según mi opinión. Ahora bien, si cuando encontraron el cadáver hubieran visto que le faltaba un zapato, alguien nos hubiese señalado este detalle. Esta particularidad es demasiado singular para que la olvidaran.

“Por tanto, lo repito, me incliné hacia la hipótesis del asesinato más bien que hacia la del suicidio.

—A pesar de todo, subsisten todavía algunos detalles que no comprendo —repliqué.

—Bueno, volvamos al principio de la cuestión. Estamos en presencia de una mujer astuta e intrigante que sabe que su esposo está a punto de arruinarse totalmente. Y ella, mucho más joven que su esposo, se ha casado con él únicamente por interés. ¿Qué hace, entonces? Primeramente, lo incita a contraer un importantísimo seguro de vida; después empieza a buscar un medio seguro de realizar su criminal propósito. El azar se lo proporciona... el extraño relato contado por el joven oficial. Al día siguiente, persuadida de que el capitán se ha marchado y boga hacia el Africa, le dice a su esposo más o menos estas palabras mientras pasea con él en el campo cerca de la casa: “Me parece muy extravagante ese cuento que relató anoche tu amigo. ¿Tú crees sinceramente que alguien pueda matarse de ese modo? ¿Sí? Pues bien, demuéstreme cómo podría hacerlo.” Y él, como un pobre imbecil, le hace la demostración que ella reclama, y se introduce la punta de la escopeta en la boca. Entonces ella se inclina, coloca el dedo en el disparador, mira a su esposo sonriendo como si tratara de bromear... y aprieta el gatillo.

“Eso es todo lo que pasó, mi querido Hastings”.

Dr. Ortiz Corrente
—ORTODONCISTA—

Corrección de dientes inclinados o desviados y mandíbulas cortas o largas.
Edificio L y 23. Dep. B-11.
Vedado. Teléfono 1-498

CEMENTERIOS DE...

(Continuación.)

te el costo de su construcción, aportó Espada 22,220 pesos y tres y medio reales, sin contar que, durante algún tiempo, pagó de su peculio la comida de los trabajadores.

Otro dato curioso relacionado con la inversión exigida por este empeño es el que da el historiador Antonio J. Valdés: “No queriendo e diocesano —dice— gravar a nadie con mayores costos en los enterramientos, ha comprado tres negros para carruajes y tres carruajes con otras tantas mulas”. El cementerio fué inaugurado el 2 de febrero de 1806.

Muertos de Segunda Mano.

Para este tipo de inauguraciones se acostumbró antes, y se sigue haciendo ahora, que el acto inicial sea realizado por la más notable personalidad del momento. Los gobernantes de aquella época no tuvieron mucha suerte; ninguna de las personalidades adecuadas para la solemnidad del acontecimiento tenía empeño en estrenar el nuevo campo santo y se negaron resueltamente a morir.

Fué necesario, pues, utilizar muertos de segunda mano y, en dos cajas forradas de terciopelo negro y galoneadas de oro, con las insignias correspondientes, se llevaron los restos del mariscal de campo D. Diego Manrique, que fué capitán general en 1765 y falleció de fiebre amarilla a las pocas semanas de ocupar el cargo y los del ilustrísimo Obispo de Milasa, Gobernador de la Mitra de La Habana.

De la capilla de la Casa de Beneficencia, donde estaban depositados, fueron conducidos procesionalmente al cementerio. Abria la marcha un piquete de dragones al que seguían la Cruz Catedral, el Cabildo Eclesiástico y los restos de Candamo. Dos regidores y dos coroneles llevaban las borlas de la caja de Manrique. Prácticamente todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas estuvieron presentes.

El obispo Espada bendijo el lugar, se ejecutó una pieza compuesta especialmente para el acto. La ceremonia duró hasta las siete de la noche en que el arcediano D. Julián del Barrio creyó oportuno aprovechar el momento para asustar un poco a sus cristianas ovejas, no muy gobernables si hemos de creer a los historiadores, turbando la paz de los recién cerrados sepulcros con una catilinaria a este tenor: “Temblad todos los que, descarrados por la iniquidad y las destructoras pasiones, corréis sin freno por las anchas y tortuosas vías que conducen al abismo”.

La resistencia inicial, posiblemente alentada por las parroquias, quedó vencida y las gentes comenzaron a llevar sus ataúdes al nuevo cementerio. Sin embargo, los nombres de los que siguieron a las dos personalidades inaugurales se han perdido, porque el Libro Registro de enterramientos no fué

Quitese la **TOS** con las **PASTILLAS VALDA** antisépticas y calmantes

inaugurado hasta veinte años más tarde. El costo de los enterramientos fluctuó entre dos y treinta pesos.

El Cementerio de Colón.

En diciembre de 1853 tomó el mando de la Isla D. Juan de la Pezuela, hijo de un virrey del Perú, hombre que repartía su tiempo entre las armas y las letras, distinguido como militar en la guerra de independencia, traductor de Las Luissias, La Jerusalén Libertada y la divina Comedia, que llegó a ocupar la presidencia de la Real Academia de la Lengua.

Estaba entre los planes del marqués de la Pezuela la erección de un grandioso monumento a Cristóbal Colón, que debía costearse por medio de una suscripción, pero viendo la necesidad de un nuevo cementerio apremiante, insistió el Ayuntamiento en que se diera preferencia a esta obra, accediendo a ello el capitán general.

Por Real Orden de 26 de julio de 1854 se concedió la autorización correspondiente y por otra, de abril de 1862, se confió la ejecución del proyecto a la Diócesis de La Habana designándose, en marzo del 57, los terrenos conocidos por la Loma de los Jesuitas, donde había una capa de tierra floja de metro y medio de profundidad.

El Dinero de los Nichos.

Al retirarse el obispo Fleix, en 1860, para ir de arzobispo a Tarragona, dejó en el Banco Español la suma de 203,991.17 pesos en oro, como fondos de la Caja del cementerio, además de llevarse un equipaje de doscientos y tantos bultos, todo ello, posiblemente, producto del negocio de los nichos en el campo santo.

De todos modos era dinero suficiente para hacer el nuevo cementerio y dejó, además, iniciado el expediente para su traslado, recomendándole a su sucesor la realización de la obra. Así las cosas, cuando llegó de Madrid la autorización, el Ayuntamiento delegó en el obispo la misión de cumplirla.

Jacinto Martínez.

El obispo Jacinto Martínez tenía en preparación un plan para la construcción de una nueva catedral más al centro de la ciudad, donde se encuentra la iglesia del Cristo y compró los edificios colindantes de Bernaza y Lamparilla a ese objeto. Su proyecto era utilizar para la obra los dineros del cementerio.

Sucedió, empero, que al presentarse el padre Amieva a extraer determinada cantidad, el Banco negó a entregarla por haber dispuesto el Capitán General que no se hiciera sin previa autorización.

En 1867, el regidor D. Ambrosio González del Valle (verdadero autor del cementerio de Colón) presentó una memoria para que, vista la urgencia del nuevo cementerio y contándose con fondos para hacerlo, se eligiese el lugar, escogiéndose el que ocupa ahora el de Colón, selección que fué aprobada por la Corona.

Los Terrenos.

Los terrenos a que nos hemos referido comprenden las estancias denominadas "La Currita", "La Portuguesa", "La Noria", "La Campana", "Baeza" y "Las Torres", las cuales costaron 43,194 pesos y cinco centavos comprendiendo un área de cuatro caballerías y 275 cordeles.

Inauguración Improvisada.

En el año de 1868 comenzó a ha-



Toni es un permanente de crema en frío de lo más económico... Deja el cabello ondulado, suave y sedoso desde el primer momento!

Toni cuesta \$2.00 la primera vez. Después, sólo \$1.25 con el Estuche de Repuesto.

Use Shampoo Toni con Lavolina. Limpia, suaviza y perfuma el cabello.

Su cabello luce más bello con Toni... ¡naturalmente!

cer estragos en La Habana una epidemia de cólera con tal efectividad que el cementerio Espada pronto estuvo repleto de cadáveres, haciéndose necesario, en enero de dicho año, disponer que sólo se verificaran inhumaciones en los nichos, cosa que, prácticamente, limitaba el uso del cementerio a las familias que pudiéramos considerar

"abonadas" o, lo que es igual, a los propietarios de nichos en la referida necrópolis. Las procesiones fúnebres cambiaron, pues, de rumbo y comenzaron a dirigirse, con persistencia aterradora, a las faldas del castillo de Atarés, donde desde 1850 se había autorizado un cementerio provisional y, tanto empujaba el có-

ra gente hacia la sombra de la fortaleza que, en noviembre de 1868, fué clausurado por no restar sitio disponible, quedando sin vigencia la frase popular de que "en el cementerio siempre cabe uno". Urgidas las autoridades por la necesidad imperiosa de hacer campo para los cadáveres que el cólera seguía fabricando a diario, se

PRIMERA AYUDA PARA QUEMADURAS

Aplicado en seguida, Mentholatum mitiga el dolor inmediatamente. Sus ingredientes sanativos alejarán el peligro de infección y favorecerán la cicatrización rápida. Para catarrros, golpes, contusiones, jaquecas.

Exija el logotipo

MENTHOLATUM